

procedentes de cada grupo, y entonces quizás surgiría una alternativa más optimista.

JOSÉ A. SILVA MICHELENA

Centro de Estudios del Desarrollo

Administration of a Revolution: Executive Reform in Puerto Rico Under Governor Tugwell, 1941-46, por Charles T. Goodsell. (Harvard University Press, 1965).*

He aquí otro ejercicio literario que se suma a la copiosa literatura relacionada con la mitología liberal de Estados Unidos y, en esta ocasión, sus derivados coloniales en el Mar Caribe. Así como los libros de Schlesinger del Nuevo Trato proponen la dudosa tesis de que a una "vieja guardia" republicana la hizo trizas la "joven guardia" rooseveltiana, la obra de Goodsell postula la caída de una mala tradición colonial en Puerto Rico ante el empuje de un Nuevo Trato al estilo de Tugwell, cuyas reformas administrativas sentaron durante la década de 1940 los fundamentos de la "revolución" social que —de acuerdo con el actual credo del Partido Popular Democrático, cosa que el autor respalda de modo implícito— dieron la respuesta al colonialismo y al comunismo en la cuenca del Caribe. El contenido del libro provoca aburrimiento y ha sido redactado con tedio; el profesor Goodsell no padece de una gran imaginación. Incluir fotografías en un presunto tratado académico obliga al lector a preguntarse qué tipo de público espera esta obra ganar; porque si tal como sugieren las fotos se intenta vender el libro entre gente de medianos gustos que en Estados Unidos siente predilección por la lectura de revistas, hay que sospechar entonces que lo hecho lo realiza mejor una obra como *Puerto Rico: Land of Promise*, de Ruth Gruber, o como la de Thomas Aitken, *Poet in the Fortress*, escritas ambas con el entrecortado aliento que a ciertos autores liberales les provoca el hallazgo de los resultados pitiyanquis en Puerto Rico.

La obra hace caso omiso de los asuntos embrionarios. Evita debatir, naturalmente, la arrogancia de que hace gala el Gobernador Tugwell en la reseña autobiográfica de tales años. Pero se equivoca al

* La traducción de esta reseña al español, para la *Revista de Ciencias Sociales* se debe a Pedro Juan Soto.

suponer que un ejecutivo colonial bien intencionado puede corregir los males fundamentales del colonialismo, error que persiste entre la sociedad puertorriqueña. Se repasa en este libro el expediente de quien sin duda fue el mejor de los funcionarios designados por el Presidente de Estados Unidos para ocupar el viejo palacio español en San Juan. Pero falla en captar la enorme contradicción representada por el intento de imponerle una administración democrática a un sistema colonial. Porque el Gobernador nunca cesó de pensar en términos de un liderazgo estadounidense benévolo. De rasgos civilizados, naturalmente. Pero eso no dejaba de ser un colonialismo ilustrado. Más que procurar la eliminación del colonialismo, se intentaba sólo el cambio de la atmósfera colonial. El Gobernador era un liberal que se afanaba dentro de un sistema nada liberal. Parece haberse dado tan poca cuenta como sus sucesores puertorriqueños de que —parafraseando un comentario de la delegación argelina ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1952, durante el debate de la Guerra de Argelia— no es el status de Puerto Rico lo que está en duda, sino el status de Estados Unidos en Puerto Rico.

El hecho de que el profesor Goodsell no admite esto por completo le permite escribir acerca de las reformas administrativas durante la época de Tugwell, lo cual es válido e importante, como si reseñara la creación del puesto de administrador de la ciudad de Cleveland o la reforma del sistema de municipalidades en Massachussets.

Hay más. El libro reitera, aunque con cierta cautela académica, la mítica descripción del Gobernador Tugwell, diestro planificador, ocupado en organizar su grupo de jóvenes administradores puertorriqueños a pesar de la oposición de los políticos puertorriqueños. Gran parte del historial de la reforma de los municipios en Estados Unidos tiene en realidad que ver con tal conflicto entre los reformadores administrativos y los mandamás a cargo de la maquinaria política. Pero el primoroso concepto de la dicotomía político-administrativa no se ajusta a la situación puertorriqueña. Porque en la democracia al estilo estadounidense, el servidor público no puede escapar del apremio a que lo somete la cruel lucha política ni puede impedir que de algún modo lo influyan esas cosas, tal como lo muestra ampliamente el diario de Lilienthal; y las presiones eran diez veces mayores en Puerto Rico por causa de la condición colonial. El Gobernador era un ejecutivo extranjero cuya responsabilidad estaba comprometida sólo con el mandato ausentista del Presidente de Estados Unidos. La destreza que adquirió como manipulador del juego político supera la que sus Boswells están dispuestos a atribuirle. Recuérdese el pequeño escándalo suscitado por querer conservar su esencialmente puesto político de

rector universitario junto con su reciente designación de gobernador, y cómo falló en comprender que la tempestad desatada localmente se debía a algo más que a la dignidad herida de los contrariados criollos que ambicionaban la rectoría; hasta el profesor Goodsell, durante su inadecuada relación del asunto, se permite a sí mismo un murmullo de desaprobación. El Gobernador tampoco fue el sempiterno liberal benévolo que la leyenda ha querido hacer ver. Sus propuestas de 1943 en torno a la reforma de la colonia incluyeron la designación presidencial de un comisionado general que presuntamente podría limitar el poder de un gobernador isleño elegido por el pueblo a partir de entonces. Sin embargo, hacia el final de su incumbencia no se atrevió más que a respaldar la nueva doctrina del Departamento Colonial británico creado después de la guerra, doctrina que siguiendo el patrón de la Oficina Colonial de Desarrollo y Beneficencia fue meramente un elaborado sistema de bienestar público que hizo caso omiso de la estructura económica básica del imperio colonial. De hecho, esa doctrina fue para entonces objeto de una severa crítica del profesor Simey en su libro *Welfare and Planning in the West Indies* (obra que, dicho sea de paso, el profesor Goodsell parece no conocer aunque su libro alega constituir un estudio comparado de la administración pública). La única excusa atenuante del Gobernador en este caso es que su posición no fue más radical que la ideología del liberalismo estadounidense de la posguerra, tal como aparece ilustrada en los libros de esa época que escribieron Paul Blanshard y Annette Baker Fox. A los liberales de Estados Unidos, igual que a los socialistas británicos, no les ha sido fácil despojarse de cierto chauvinismo cultural a la inversa cuando les proponen panaceas a los pueblos coloniales.

La visión del planificador norteamericano trabado en combate con los políticos puertorriqueños resulta en verdad fantásticamente retorcida. El Gobernador vislumbró toda su actuación en términos de otro drama Rooseveltiano en el cual él desempeñaba el papel del Presidente y Muñoz representaba a Sam Rayburn, sin jamás reconocer a cabalidad que el talento de Muñoz hacía absolutamente inaceptable tal asignación de papeles. Porque si bien Tugwell no fue sólo el administrador idealista, también fue Muñoz algo más que el líder político que otorga su aprobación al programa. Muñoz fue, sobre todo, el patriota isleño, el romántico poeta-político (un ser completamente desconocido en la política de Estados Unidos), el filósofo de Burke en acción. El Gobernador no pudo reconocerlo así porque el fabianismo al estilo de Tugwell era profundamente antipolítico en su raigambre ideológica. Este concepto pretendía el logro de una mancomunidad colectivista a las órdenes de una oligarquía administrativa, al igual

que en Inglaterra lo había predicado el matrimonio Webb. Pero el "gran juego de la política" siempre ha rehusado acatar el dominio de la meritocracia. Esto era particularmente cierto en Puerto Rico, donde el colonialismo fortalecía al espíritu; la clase profesional en la colonia, viendo que se le negaba la posibilidad de expresarse cabalmente en otros campos, dedicaba toda su energía a la política.

Sería difícil imaginar un medio más inhospitalario que una sociedad colonial para la revolución gerencial fabiana. En la colonia las virtudes del fabianismo se convierten en males del imperialismo. El servidor público adiestrado en Gran Bretaña —y el profesor Goodsell señala la influencia ejercida por esa categoría entre los reformadores semejantes a Tugwell— se convierte en un autócrata en la colonia. Dijo Chesterton que los fabianos querían transformar al capitalismo no porque fuese un reino injusto, sino una habitación en desorden. El espíritu democrático pudo hacerle frente a ese paternalismo administrativo en Londres y en Washington. Pero, debilitado fatalmente en una sociedad colonial, apenas pudo impedir que el Gobernador Tugwell hiciera de Puerto Rico un laboratorio para experimentar con ideas que en ningún otro sitio podía poner en práctica. El destacado éxito de sus reformas administrativas se debió en gran parte a que Puerto Rico era una colonia sujeta a la política estadounidense y no, como sugiere el profesor Goodsell, debido a su pequeñez geográfica o a la ausencia del militarismo latinoamericano. Tal vez puede perdonarse que el Gobernador Tugwell no interpretara su odisea puertorriqueña en esos términos y que, lo mismo que Clive en la India, se asombrara de su propio recato. Pero no resulta tan digno de perdón el hecho de que un académico falle tan lamentablemente en reconocerlo así.

GORDON K. LEWIS

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico